COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1688

De la patrocinante Evedith Adal Hosni de Giorlandini, acerca de

CARLOS AMADO. ¡GRACIAS, MAESTRO!

Señor Presidente:

Casi un siglo de vida en la que actitudes humanas como la sencillez, la bonhomía, la honestidad hablaban de su grandeza de alma. Carlos Amado, un apasionado de la música popular que la gestó en su mente y en su corazón desde los primeros años, en su Villa Mitre natal, y que al trasladarla a sus manos, a sus dedos, acariciaba las teclas de "ese bandoneón" que semejaba su prolongación física. En su infancia, adolescencia y juventud villamitrenses, las ventanas de su casa, en Garibaldi y Maipú, filtraban tangos, valses y milongas que Carlos interpretaba inundando el aire, cuyas ondas sonoras transportaban a una gran parte de ese territorio villero, que empezaba a despegar con fuerza, sin imaginar la fantástica realidad actual.

El 18 de febrero, a sus 96 años, Carlos Amado "se mudó de barrio" (seguramente al cielo), desde su casa, en Alsina y Rincón, dejando un enorme vacío en todos quienes lo conocían y apreciaban, especialmente en sus nietos, Alejandro y Ariel, con los que el abuelo había establecido una simbiosis, una unidad ¡tan sólida!, de mutuo y amoroso respeto, que emocionaba aun al más indiferente. ¿Qué tenía ese abuelo para que, en un mundo donde las diferencias e incompatibilidades generacionales se acentúan, dos chicos, hoy dos jóvenes, lo acompañaran siempre, compartiesen vivencias y dialogaran permanentemente? Un milagro de amor.

Creo que debo destacarlo, a pesar de lo íntimo: sus nietos fueron sus mejores amigos, los del alma, quienes alegraron su vida, especialmente cuando los años marcaban sus huellas.

Carlos Amado había nacido en 1916 en la vivienda ubicada en Falucho y XX de Septiembre, una esquina tradicional de Villa Mitre, casi en el acceso al barrio, espacio que supo de grandes inundaciones hasta el embalse del arroyo Napostá. Sus padres eran sirios: don Antonio Amado, que venía de Barchín, una aldea ubicada a veinte kilómetros de Homs, y doña Suraia Fajuri, doña María, como la llamaban. Don Antonio fue uno de los primeros sirios que llegaron a Villa Mitre, no más cuando el siglo XX despuntaba. Instaló una sencilla tienda, que creció de tal modo que le permitió mandar a construir la hermosa casa de Garibaldi y Maipú, a donde trasladó su negocio, Casa Amado, y se instaló con su familia.

Su apellido original era Habib (amado, querido, en árabe), y las autoridades migratorias lo tradujeron cuando llegó a la Argentina. María y Antonio tuvieron tres hijos y se adaptaron fantásticamente a Bahía Blanca en general y a Villa Mitre en particular, a la que iban llegando muchos inmigrantes de su misma aldea. En ese ámbito, Carlos se dedicó a lo que más lo movilizaba, el bandoneón, a pesar de que sus padres lo soñaban violinista.

Contaba Carlos Antonio, su único hijo, que su padre le había comentado: "Desde el patio de casa, un día escuché el bandoneón de un vecino, y me produjo una gran emoción. Desde entonces, cada tarde, cuando mi vecino tocaba, me paraba ante el cerco de alambre y permanecía inmóvil escuchándolo". A los doce años, conquistado por la música, con su inseparable bandoneón comenzó una carrera continua, brillante, que lo llevaría al nivel más importante, formando su orquesta típica, símbolo del tango en la ciudad y a lo largo y ancho de la Patagonia.

Había estudiado en la propia Villa Mitre con Basilio Parmigiani, el vecino que con su bandoneón lo hipnotizaba frente al alambrado cada tarde. Reproduzco las palabras de Carlos Antonio referidas a su padre: "Entre los días de su infancia hubo uno que se detuvo en su memoria para siempre. Fue cuando mi abuelo Antonio, regresando de Buenos Aires cargado de mercaderías para reponer el stock de la tienda, abrió una caja de gran tamaño, y apareció ¡un bandoneón! Por supuesto, mi papá, con esa sensibilidad a flor de piel que lo caracterizaba, lloró".

Con empeño, con vocación, autodidácticamente, Carlos Amado perfeccionó los conocimientos impartidos por su vecino, llegando a ser un bandoneonista de excelencia. Sus primeras actuaciones las llevó a cabo en el cine Las 5 Esquinas, en Caseros y Falucho, cuando las películas mudas se proyectaban acompañadas por música de

fondo. A los catorce años era requerido, cada vez con mayor frecuencia, para presentarse en distintos lugares.

En esos primeros años de la juventud integró la orquesta del gran pianista Oreste Galandrini, con la que recorrió durante cinco años los pueblos de toda la zona circundante a Bahía Blanca. Así, Carlos Amado había comenzado su “vida errante”, yendo de un lugar a otro con su música, con su “hermano bandoneón”.

Junto con su amigo de la infancia Julio Martínez formó en 1938 la orquesta Martínez-Amado. Fue una época dura, en la que las condiciones de trabajo y movilidad no eran las de hoy: lentos medios de transporte, grandes espacios despoblados, pueblos sin servicios esenciales, actuaciones en galpones ferroviarios (donde, con frecuencia, los asistentes debían llevar sus propias sillas), con mucho frío o mucho calor, según la época, a veces sin luz eléctrica, iluminados a candil…

Luego de tres años, Julio Martínez partió a la Capital Federal, y Amado quedó como único director de la orquesta típica.

En Bahía Blanca se habían dado “los años de oro del tango”, y fueron varias y muy importantes las orquestas contemporáneas de la del maestro Amado: las de Nicolás Tauro y Antonio Totti, por ejemplo. Su calendario estaba siempre completo, y se multiplicaban sus actuaciones en las kermeses que en verano organizaban los clubes bahienses, en los bailes de carnaval, en el Club Argentino, en la Corporación, en confiterías como la Central Faiazzo, en Ingeniero White…

En 1940 Carlos se casó con Juana Corinaldesi, con la cual tuvo un hijo, Carlos Antonio, a quien agradezco el aporte de datos necesarios para escribir esta nota. Y a fines de esa década la familia se trasladó a La Falda, a la esquina de Alsina y Rincón, donde, a partir de entonces, vivió siempre.

Su carrera musical continuó incesantemente. En 1951 formó un quinteto que tuvo una prolongada actuación en Comodoro Rivadavia. Lo integraban, además, Luis Bonnat, Omar Pamer, Argentino Pérez y Rubén Tenenti, y el cantor era Rubén Cabral. Para ese tiempo formó la orquesta de LU2, “una orquesta que tocara como la de D’Arienzo”, pedido que Amado aceptó sin demasiada convicción. En ella cantaba Jorge Arévalo con el estilo de Alberto Echagüe, y la orquesta, con esa característica, se hizo muy popular. Pasó luego a LU3, donde sus actuaciones fueron muy exitosas, y en 1955 volvió a LU2. La voz femenina era la de Olga Miranda (Olga Cela).

Por la orquesta del maestro Amado pasaron los mejores músicos de la ciudad, como Alberto Guala, Danilo Cenci, José Balda, Tomás Blanco, Casto y Jorge González, Avelino Prícolo, Pablo Persia, Aníbal Vitali, Luis Bonnat…

Con el advenimiento de la televisión, la radio dejó de ser centro del mecanismo de la expresión y la comunicación masivas. Amado abandonó la actuación para abordar otra actividad, la docencia. Fundó el Conservatorio Musical del Sur, donde cientos de alumnos concurrieron para adquirir conocimientos musicales.

El maestro Amado, que admiraba a Troilo y a Piazzolla, expresaba sobre el final de su vida: “Me siento con más facilidad para interpretar, como si fluyera en mí algo que antes no tenía”.

Bahía Blanca, 6 de abril de 2012

EVEDITH ADAL HOSNI DE GIORLANDINI
Patrocinante